



Homenaje a los lectores*

Las Ferias del Libro son el reconocimiento de la lectura como uno de los intermediarios entre el objeto (libro) y el lector, sin este último no sería posible que eventos, textos y realidades sean comunicadas, puestas a la luz y fuente que genera y motiva el conocimiento; que adquieran un significado. Michel de Certeau (1999) menciona cómo la grafía solo labra y abre la anticipación, entendida como la capacidad de generar hipótesis.

Entonces, la inercia del consumo (De Certeau, 1999) hace posible el proceso de construcción de la lectura, que deja esa supuesta pasividad y establece diálogos entre los diferentes miembros de la cadena: autores, editores, libreros y lectores (investigadores, alumnos, sociedad). Juan Carlos Díez en su libro *Libros malditos, malditos libros* (2013) en un capítulo dedicado a Borges dice sobre el escritor: “comprendió entonces que lo enunciado en un libro es algo autónomo, tan cierto como el mundo exterior e intercambiable”.

Por ello, hemos realizado una labor de rescate para aproximarlos a ciertos libros que mencionan la lectura y la interacción del lector, pues ese es el objetivo franco de las Ferias del Libro: crear lazos que se convierten en objetos impresos o digitales pero siempre perdurables, el aniversario 30 de la Filbo nos convoca a destacar esos lazos entre el lector, la lectura y los libros. Acá, una muestra de ellos en donde se ha respetado la ortografía y grafía original.

Disfrute y sienta que puede encontrar más y compartirlas en nuestras redes sociales @editorialUR

* Ilustraciones a partir de *Un fragil tesoro: las mariposas colombianas*. Editorial Universidad del Rosario. 2017

Punto de partida, la biblioteca, el sentido, la mística

Esta labor parte en el periodo conocido como el Siglo de Oro, desde entonces la lectura ocupa lugar preponderante:

Yo no lo sé; pregúntese a quien me lo manda escribir, que yo no soy obligada a disputar con los superiores, sino a obedecer, ni sería bien hecho. Lo que os puedo decir con verdad es que, cuando yo no tenía ni aún sabía por experiencia ni pensaba saberlo en mi vida (y con razón, que harto contento fuera para mí saber o por conjeturas entender que agradaba a Dios en algo), cuando leía en los libros de estas mercedes y consuelos que hace el Señor a las almas que le sirven, me le daba grandísimo y era motivo para que mi alma diese grandes alabanzas a Dios.

Las moradas del castillo interior (1577), Santa Teresa de Jesús.



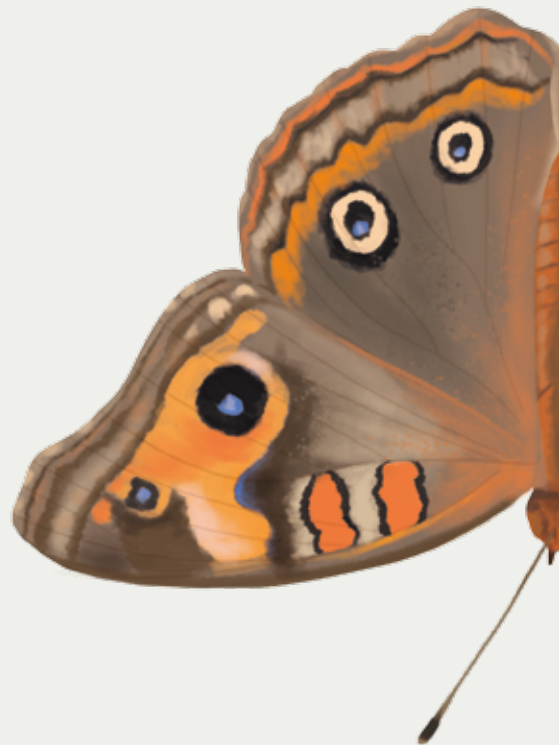
Capítulo 6: Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo

El cual aún todavía dormía. Pidió las llaves a la sobrina del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana. Entraron dentro todos, y el ama con ellos, y hallaron más de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados, y otros pequeños; y así como el ama los vió, volvióse a salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: tome vuestra merced, señor licenciado; rocíe este aposento, no esté aquí algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten en pena de la que les queremos dar echándolos del mundo.

Don Quijote de la Mancha (1547-1616), Miguel de Cervantes.

No se ha de entender aquí los que escriben libros de caballerías, sacadineros, sino historias auténticas y verdaderas, pues no perdonan a papas, emperadores y reyes, y a los demás potentados del mundo, por guía la verdad llevándola siempre.

El carnero (1566-1638), Juan Rodríguez Freyle.





El lector y su relación con la lectura

Lady Macbeth

O, never

Shall sun that morrow see!

Your face, my thane, is as a book where men

May read strange matters. To beguile the time,

Look like the time; bear welcome in your eye,

Your hand, your tongue: look like the innocent flower,

But be the serpent under't. He that's coming

Must be provided for: and you shall put

This night's great business into my dispatch;

Which shall to all our nights and days to come

Give solely sovereign sway and masterdom.

Macbeth (1606), William Shakespeare.

Así llegué a los ocho o nueve años, en que entró en casa de mis padres el entretenimiento o peste de las almas con los libros de comedias, y luego mi mal natural se inclinó a ellos, de modo que sin que nadie me enseñara aprendí a leer, porque a mi madre le había dado una enfermedad, que le duró dos o tres años, y en este tiempo no pudo proseguir el enseñarme, y me había dejado sólo conociendo las letras. Yo pues, llevada de aquel vano y dañoso entretenimiento, pasaba en él muchos ratos y bebía aquel veneno, con el engaño de pensar que no era pecado; y así debe de ser en naturales que no son como el mío, que no sacarán de todo males y culpas.

Mi vida (1671-1742), Francisca Josefa del Castillo y Guevara.



Le bibliophile est un homme doué de quelque esprit et de quelque goût, qui prend plaisir aux oeuvres du génie, de l'imagination et du sentiment. Il aime cette muette conversation des grands esprits qui n'exige pas de frais de réciprocité, que l'on commence où l'on veut, que l'on quitte sans impolitesse, qu'on renoue sans se rendre importun; et, de l'amour de cet auteur absent dont l'artifice de l'écriture lui a rendu le langage, il est arrivé sans s'en apercevoir à l'amour du symbole matériel qui le représente. Il aime le livre comme un ami aime le portrait d'un ami, comme un amant aime le portrait de sa maîtresse; et, comme l'amant, il aime à orner ce qu'il aime.

L'amateur de livres (1780-1844), Charles Nodier.



Lectura, compañero de viaje, testigo de época

Solíamos paliar los posibles estragos de la enfermedad tomando leche con toronjil, abrigádonos con buena copia de frazadas, y si la había, con una ruana, y entreteniendo los forzados ocios con la visión, diré mejor que la lectura, de unos libros profusamente ilustrados con láminas en madera y en piedra, entre los que no faltaban en ninguna casa, dos encantadores: *el Correo de Ultramar*, y uno que se editó en París, como obsequio a los lectores del Correo, llamado aquél *La vuelta al mundo*.

Viaje a Nueva Granada (1838), Charles Saffray.



—Esa es la respuesta a mi sueño —dijo Lucía para sí, abriendo la carta de su amiga—. Mercedes me manda lo que más necesito, un consuelo en estos libros, que quizás me enseñarán a buscar alivio a mis tribulaciones en algo menos variable que los afectos mundanos. Sin duda Byron quiso atormentarme, y por eso no me entregó la carta anoche; pero ha sucedido lo contrario; ahora recibo esto con más gusto, y en adelante procuraré no volver a pensar en lo imposible: buscaré distracción y aliviaré mis penas entregándome a un estudio serio e interesantísimo.

Una holandesa en América (1888), Soledad Acosta de Samper.



Mas, por allá en esas batuecas de Dios, a falta de otra cosa peor en qué ocuparse, se lee muchísimo. En casa de mis padres, en casa de mis allegados, había no pocos libros y bastantes lectores. Pues ahí me tenéis a mí, libro en mano a toda hora, en la quietud aldeana de mi casa. Seguí leyendo y creo que en el hoyo donde me entierren habré de leerme la biblioteca de la muerte, donde debe estar concentrada la esencia toda del saber hondo. He leído de cuanto hay, bueno y malo, sagrado y profano, lícito y prohibido, sin método, sin plan ni objetivos determinados, por puro pasatiempo. De aquí que sea casi tan ignorante como el tullido con-sabido. Lo que tengo en la cabeza es un matalotaje caótico de hojarasca, viruta y cucarachas.

Relatos (1858-1940), Tomás Carrasquilla.

Leer como herramienta formativa

La carencia de libros instructivos era casi absoluta, exceptuándose las novenas de los santos y el *Año Cristiano*, que se daban a la venta después de revisados minuciosamente por el Ordinario, a fin de precaver a los devotos de que les metieran «gato por liebre», pues el medio de las autoridades de la Colonia creyeron más eficaz para gobernar en paz, fue mantener el rebaño en completa santa ignorancia.

Reminiscencias escogidas de Santafé y Bogotá (1835-1918), José María Cordovez Moure.

En manos de los maestros, la novela y la crítica son medios de presentar al público los aterradores problemas de la responsabilidad humana y de discriminar psicológicas complicaciones; ya que el lector no pide al libro que lo divierta, sino que lo haga pensar y ver el misterio oculto en cada partícula del Gran Todo.

De sobremesa (1865-1896), José Asunción Silva.

Fulgencia

¿Qué es lo que dice, niña atolondrada?
Ya habrá leído usted libros modernos,
de esos que echan la gente a los infiernos.
Cuidado, don Gualberto, que San Pablo
llama a libros en pasta artes del diablo.
Me contó Fray Raimundo el otro día
de uno de esos que llaman geografía,
quién sabe cuál será el significado,
Dios me perdone haberlo pronunciado,
(se hace cruces en la boca)
que una niña en el seno le llevaba,
y de golpe sintió que la quemaba:
metió el dedo, y envuelto como una hebra
sacó al diablo en figura de culebra.

Las convulsiones (1802-1829), Luis Vargas Tejada.



“He tenido mucho que hacer”, dice dándose importancia el Chato: “arreglar libros de estudio, hacer ocho listas de clases, separar los libros para entregarlos al Curso, y todas las demás obligaciones que tiene un Comandante de Estudios.

Cartas de amor en tiempos de guerra, Rafael Uribe Uribe

Espíritu crítico, voz disonante

—¡Demás que lo sabía! Pero España es una cosa y esto es otra. A Su Sacra Real Majestad no le gusta que sus súbditos, de estas Américas, sean muy sabidos y quiere que las mujeres de aquí sean muy inocentes y que vivan en el santo temor y amor de Dios. Por eso, ni yo ni Rosalía les hemos enseñado nada de letra a las hijas. No ve, Chata: si saben leer, pueden aprender cosas muy malas en los libros; si saben escribir, pueden cartearse con hombres malos que están por perjudicarlas.

Si no podían comprar pasatiempos industriales, ni espectáculos a máquina, tenían que inventárselos los yolomberos propios y ser libros y lectores a un mismo tiempo; a un mismo tiempo espectadores y espectáculos.

La marquesa de Yolombo (1928), Tomás Carrasquilla (1858-1940).



Sobre una tablita encontró un libro muy usado, y al hojearlo, gritó: ¡oh, Gutenberg!, ¡hasta aquí llega tu sublime descubrimiento! Viendo el título que decía: *Ramillete de divinas flores, y método para aprender a morir cristianamente*, murmuró: método para vivir es lo que debemos aprender, que morir es caso muy fácil. ¿No te parece, José?, añadió dirigiéndose a su criado.

—La verdad, señor. Yo no tengo aquí con quién conversar entre semana, sino con mis libros.

—¡Oh, la imprenta es el conductor de la ciencia y el baluarte de la libertad! Un hombre preso a quien se le conceda luz y un libro, nunca será desgraciado. La nación que tenga libertad de imprenta jamás será tiranizada.

—Y el cura que no lea, tendrá que adormecer su imaginación con la conversación soez de las tiendas o de las esquinas, o con algún vicio que lo domine. Aparte de la necesidad que tenemos, hoy más que nunca, de estudiar, por la lucha con el protestantismo.

—Es muy cierto, señor cura.

Manuela (1856), Eugenio Díaz Castro.

A los libros sobre arte les pedía cuenta de su manera de apreciar la bella naturaleza mirándola él, a su turno, con una especie de sagrado culto panteísta, como por ver si a esa maga que él tanto quería, se le añadían o se le quitaban atributos; a las obras de ciencia las dejaba decir, pero se encargaba hasta donde era posible, de rectificar sus aseveraciones con experimentos hechos por él mismo. Lo propio para él eran las ciencias intelectuales y políticas; idéntica cosa la historia: las estudiaba, mas las sometía al ensayo, porque, cerebro sumamente investigador, se complacía orgulloso en no pasar dócilmente, con el sombrero en la mano, bajo los arcos consentidos del triunfo.

Semblanzas antioqueñas, Juan de Dios Uribe (1859-1900).

Referencias

Biblioteca Nacional de Colombia (S.F.). Biblioteca básica de cultura colombiana. Recuperados en <http://190.102.160.5/BBCC/Busqueda/Basica>

De Certeau, M. (1999). *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana.

Díez, J. C. (2013). *Libros malditos, malditos libros*. Madrid: Piel de Zapa.

